



“Cargar con el peso de algo que ni siquiera viviste”. Un estudio del efecto exiliar en el vínculo madre-hija en las novelas argenmex *Conjunto vacío* y *Los eufemismos*

*“Carrying the Weight of Something through which you Didn’t Live”: A Study of the Effect of Exile on the Mother-Daughter Bond in the Argenmex Novels *Conjunto vacío* and *Los eufemismos**

Silvana Mercedes Casali

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Universidad Nacional de La Plata
Argentina
silvana.m.casali@gmail.com

Resumen

El presente trabajo analiza las novelas *Conjunto vacío*, de Verónica Gerber Bicecci, y *Los eufemismos*, de Ana Negri, escritoras nacidas en México en la década del 80 tras el exilio de sus padres argentinos debido al terrorismo de estado. Enmarcadas en la serie de las voces de hijos/as de la generación de militancia setentista, ambas autoras exponen las formas en que los efectos de la migración forzada continúan operando en el presente de sus madres como también en sus propias vidas, toda vez que la comunicación con ellas –y con sus pasados– resulta casi siempre una tarea infructuosa. Si bien estas novelas abordan uno de los vínculos más significativos de la especie como es la relación madre-hija, nos proponemos demostrar que leídas a la luz del concepto de “exilio heredado” (Lojo, 2010) ambas narraciones dan cuenta

de las dificultades subjetivas que afectan todavía a las sobrevivientes de la última dictadura militar, así como evidenciar las maneras en que esto repercute en sus hijas, aun cuando hayan nacido en territorio de acogida, esto es, a salvo.

Palabras clave: exilio heredado; *Conjunto vacío*; *Los eufemismos*; argenmex; relación madre-hija

Abstract

The present work analyzes the novels *Conjunto vacío*, by Verónica Gerber Bicecci, and *Los eufemismos*, by Ana Negri, writers born in Mexico in the 1980s after the exile of their Argentine parents due to state terrorism. Framed by the series of the voices of children of the seventies' militant generation, both authors expose how the effects of forced migration continue to operate in the present of their mothers as well as in their own lives, since the communication with them—and with their past—is almost always a fruitless task. Although these novels address one of the most significant ties of the genre, such as the mother-daughter relationship, we argue that, read in light of the concept of “inherited exile” (Lojo, 2010), both narratives account for the subjective difficulties that still affect the survivors of the last military dictatorship, and we show some of the ways in which this affects their daughters, even when they were born safe, in a host territory.

Keywords: inherited exile; *Conjunto vacío*; *Los eufemismos*; argenmex literature; mother-daughter relationships.

Heredarán el (sentimiento de) exilio

En las últimas dos décadas, la emergencia de narrativas artísticas y de estudios académicos interdisciplinarios ha contribuido a visibilizar el exilio producto de la violencia política e institucional ejercida durante el tercer peronismo y, más tarde, por la última dictadura militar argentina (1976-1983) en tanto categoría analítica de relevancia dentro del campo de las memorias del pasado reciente, elemento que produjo una re-jerarquización del lugar ocupado por sus protagonistas, los exiliados, habitualmente relegados dentro

del universo de víctimas directas de la represión.¹ Según los expertos (de Diego, 2000; Franco, 2008; Yankelevich, 2010; Bernetti y Giardinelli, 2014, entre otros), el exilio resulta una vivencia problemática en tanto en muchos casos quienes lograron escapar de Argentina para salvar sus vidas y las de sus familias fueron juzgados alternativamente de “privilegiados”, “egoístas” o “traidores a la causa” –si se trataba de militantes–, sumado a que, con no menos frecuencia, sus regresos se evaluaban con recelo. Así, los interrogantes *por qué se fueron* y *para qué volvieron* obvian el alcance de la violencia institucional detrás de la decisión de quienes se exiliaron, determinación que sólo superficialmente puede ser considerada meramente personal, a condición de dejar de lado el carácter “inseparable” del exilio respecto del terrorismo estatal (Franco, 2008, p. 42).²

En este sentido, “la emigración representó una ruptura profunda de la experiencia vital” (Franco, 2008, p. 289) y, en el caso de los hijos de emigrados políticos, se presenta como un rasgo identitario, “como articulación sustantiva de la vida, como ubicación fundadora de la existencia” (Lojo, 2010) que, en muchos casos, al igual que les sucede a sus padres, se

¹ Entre los motivos que explican la dilación en la consideración del tópico exiliar mencionamos la construcción discursiva que la dictadura realizó sobre los exiliados –“campaña antiargentina”– y la falta de políticas tendientes a recibirlos una vez recuperada la democracia, elemento que comienza a revertirse a mediados de los 90 (Yankelevich, 2010, p. 17-18).

² “Ah, qué vivos, ahora que pasó todo vuelven” (Ulanovsky, 2018, p. 40). Al respecto, esto podía ser interpretado en dos sentidos: “o bien por qué volviste a este país con su altísima inestabilidad política; o bien por qué -mejor- no te quedaste donde estabas” (de Diego, 2000). Por otro lado, *para qué volver* podía devenir en la corroboración de que la vida vivida antes del exilio era imposible o, simplemente, encontraba el justificativo en la respuesta “*para morir donde nacimos*” (Ulanovsky, 2018, p. 25).

manifiesta en los silencios, en las dificultades para nombrar y dar forma a aquellas experiencias vividas o reconstruidas a partir de testimonios familiares. Un síntoma del tiempo necesario para posicionar al exilio en un lugar de relevancia ha sido la creación de la agrupación Hijas e Hijos del Exilio en 2006, dos décadas después de creada Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio (H.I.J.O.S.). De este modo, antes que hablar de “hijos de” –hecho que supondría subordinar sus concepciones a las de sus progenitores–, empleamos la denominación *exiliados hijos* (Lojo, 2010; Alberione, 2018) ya que como “acontecimiento político” (Meloni González, 2019b, p. 181) el exilio condicionó *también* la mirada de los hijos, aun habiendo nacido en el país de acogida.

Como sabemos, difícilmente alguna de las producciones que integran la “literatura de hijos” pueda ser leída por fuera de los marcos que direccionan las interpretaciones hacia la biografía de sus autores para establecer así el grado de correspondencia con sus narradores. Las novelas que hemos seleccionado como estudios de caso no son la excepción; no obstante, será suficiente con decir que la autora de la novela *Conjunto vacío* (2021), Verónica Gerber Bicecci, la artista visual que escribe –tal como se define– y la de *Los eufemismos* (2022), la escritora y editora Ana Negri, son hijas de argentinos nacidas en el país de refugio de sus padres, México, en 1981 y 1983 respectivamente y que ingresan a la nueva narrativa latinoamericana con ficciones que evidencian los modos en

que el destierro afecta todavía el vínculo madre-hija, al punto de volverlo frágil.³

En sus universos literarios, ambas autoras coinciden en narrar el momento vital de “Verónica” y “Clara”, dos mujeres jóvenes-adultas que, separadas de sus parejas, regresan al seno materno, pero no encuentran allí contención posible en tanto las propias madres están emocionalmente desarmadas. Analizaremos entonces de qué formas el exilio ha afectado a los personajes de las madres de las protagonistas, y de qué maneras estas últimas intentan vincularse con ellas. Así, estamos ante un “exilio heredado” (Lojo, 2010) en tanto las consecuencias de la migración forzada continúan operando no sólo en las subjetividades de estas madres que han experimentado de primera mano la huida del país de origen sino también en las de las propias hijas protagonistas, quienes manifiestan ciertas dificultades para comunicarse con sus madres, sus padres y sus parejas.

Al respecto, las producciones artísticas resultan atractivos microcosmos en los que observar discursos e imágenes que permanecen en estado de latencia en una sociedad y en una formación generacional o intelectual específica, aquellas inminencias que no terminan de ser del todo dichas en el habla social. En este sentido, el estudio de la “literatura de hijos”, como se conoce en Argentina a la serie de novelas, diarios y libros de cuentos biográficos y (auto)ficcionales producida por

³ Si bien *Conjunto vacío* y *Los eufemismos* son sus primeras novelas, las autoras ya habían publicado otros textos entre los cuales mencionamos el libro *Mudanza*, en el caso de Gerber Bicecci –publicado en 2010–, y la participación en la antología *Mexicanas II* en el de Negri (2022), además de publicaciones y colaboraciones en revistas.

hijos biológicos y *simbólicos* de la generación de militancia setentista (Logie, 2015), permite la detección y formulación de interrogantes que interpelan no sólo a los afectados directos o al autor de una obra, sino a una comunidad en un tiempo determinado.

En esta dirección, examinaremos las similitudes y diferencias que presentan ambas ficciones constituidas en torno a la precariedad que produce el exilio. Nos interesan especialmente las formas de abordar las consecuencias emocionales de la migración forzada en las subjetividades de las protagonistas y de sus madres, caracterizar esos vínculos. Buscamos demostrar, entonces, de qué maneras estas hijas se ven afectadas por el exilio, elemento que matiza la consideración acerca de que los hijos argentinos que atravesaron buena parte de su infancia en México o que directamente nacieron allí –como es el caso de las narradoras construidas por Gerber Bicecci y Negri– lograron escapar al sentimiento de exilio “en un país que no les era del todo propio, junto con las sombras del país que les había sido arrebatado *más a sus mayores que a ellos mismos*” (Bernetti y Giardinelli, 2014, p. 173, el subrayado es nuestro), o que incluso “no les pesaba historia argentina alguna” (Ulanovsky, 2018, p. 24).

Iniciemos señalando que aquello que comparten los personajes de las madres de las protagonistas de *Conjunto vacío* y *Los eufemismos* es un acontecimiento político que en el pasado ha atravesado sus vidas y que continúa operando en el presente, hecho que provoca que comiencen a comportarse de manera extraña. En simultáneo, el conocimiento de las razones y la dimensión de sus alcances resultan para las protagonistas-hijas casi imposible. En el primer caso, de un

momento para el otro la madre de Verónica “desaparece” pero no en el sentido que esta palabra asume en Argentina, ya que sucede dos décadas después de atravesada la dictadura. La madre se convierte en una presencia fantasmal que progresivamente pierde entidad: tanto Verónica como su hermano dejan de verla.⁴ En el segundo caso, de manera paulatina, la madre de Clara comienza a manifestar sentirse amenazada y con miedo, hasta que su hija recibe un llamado que la alerta sobre un comportamiento fuera de lo habitual.

Si convenimos en que la desaparición es una “nueva forma de exilio” establecida por el régimen dictatorial en los 70 (Plot, 2011), nuestra hipótesis pretende considerar al exilio como una desaparición metafórica que afecta la subjetividad de las sobrevivientes, quienes en los casos de estas dos novelas pierden la cordura, y también, aunque de otro modo, el de las protagonistas, hijas que intentan y no pueden comprender cabalmente los alcances subterráneos en que opera el destierro. Entonces, en el trayecto y con estrategias diferentes, las protagonistas reparan en los síntomas de sus madres y en los propios y elaboran un relato que da cuenta de las conexiones entre un pasado traumático debido a la huida forzada –aun cuando se ha salvado la propia vida, se ha formado una familia y se cuenta con una profesión–, un hecho que actualiza el malestar en el presente y, por último, el intento de reconstrucción de los restos de cara hacia el futuro,

⁴ Al respecto, dice Verónica: “A veces también hemos pensado que la historia de Mamá(M) tendría más sentido si pudiéramos ir a un lugar como la Plaza de Mayo a exigir que nos la devuelvan, a preguntar: ¿Dónde estás? Pero es absurdo porque *no desapareció como los demás, ¿o sí?* Es absurdo porque, si mi Hermano(H) y Yo(Y) pudiéramos reclamarla ahí, no habríamos nacido” (Gerber Bicecci, 2021, p. 103, el subrayado es nuestro).

un tiempo que necesariamente deberá tener en cuenta el desajuste que ha provocado un exilio no experimentado directamente y, sin embargo, heredado.

Verónica y Clara, hijas de fantasmas

Dedicada a su madre, *Los eufemismos* se divide en cinco capítulos titulados “Todo cae”, “Migraña”, “Ser clara”, “Cenizas” y “Borrarse”. Narrada en estilo indirecto libre, esta novela comienza con la reflexión de “Clara”, de 30 años, mirando por el balcón de su departamento en Ciudad de México. Su madre le ha regalado un reloj.⁵ Enseguida la imposibilidad de ver las Torres de Mixcoac le recuerda a su “tío” Luis, un compañero de militancia de sus padres que vivía en esas torres y que no soportó el exilio: “El rengo se mató por boludo, acá lo tenía todo, pero no se bancó su historia”, recuerda Clara la explicación de su padre (Negri, 2022, p. 14). La familia biológica, en cambio y como suele suceder en estos casos, es una idea lejana, apenas materializada en voces telefónicas y tarjetas postales para los cumpleaños. Por su parte, en el *conjunto vacío* que es la familia de “Verónica” nadie habla del pasado (Gerber Bicecci, 2021, p. 32) y por eso termina entendiendo más del exilio de una escritora cuyo archivo debe ordenar que el de sus propios padres (p. 118), quienes también parecen tener un pasado de militancia: “Mamá(M) le decía Lito a papá, de cariño. Alguna vez la escuché decir que ese era su nombre de revolucionario. Luego papá dijo que él no fue revolucionario y que no tenía nombre

⁵ Consideramos que el desorden temporal es clave en la novela de Gerber Bicecci, dimensión que analizamos en un artículo actualmente en prensa.

secreto, que solamente repartía volantes en las fábricas” (p. 32).

Como la mayor parte de la población exiliada, es posible inferir que los personajes de las madres de las protagonistas forman parte de una clase media con alto nivel educativo para la cual la salida del país resultó una posibilidad concreta, pues se contaba con “una serie de *capitales sociales y culturales* diversos” (Franco, 2008 p. 58; Yankelevich, 2010, p. 46-49; Bernetti y Giardinelli, 2014, p. 34). Tanto la madre de Verónica como la de Clara son profesionales de la psicología y cuando sus hijas eran niñas las llevaban a sus trabajos con ellas.⁶ En el caso de Clara, recuerda que su madre trabajaba todo el tiempo, “casi nunca estaba; vivía metida en el consultorio” (Negri, 2022, p. 16). Sin embargo, los fines de semana salían juntas a pasear, momento en que la hija reprimía su deseo de columpiarse en la plaza para ir a la librería del “tío” Luis donde perdía otra vez la atención y el contacto físico con su madre, quien se sumergía en la lectura. Estos recuerdos aparecen en la madre en el presente, teñidos de un sentimiento de culpa por no haber pasado más tiempo con su hija, acaso uno de los

⁶ La psicología fue un campo al que los exiliados argentinos en México contribuyeron (Yankelevich, 2010, p. 36 y 123). En relación a esto, no podríamos decir que el extrañamiento que comienzan a padecer las madres de las protagonistas esté relacionado con haber sufrido “precariedad laboral y descalificación profesional”, como el caso de algunos exiliados en una primera etapa en Francia (Franco, 2008, p. 65). Al respecto, la madre de Clara “era capaz de no comer para no perder tiempo de estudio en cocinar” (Negri, 2022, p. 112); no obstante, la situación económica familiar no parece haber sido sencilla: sus padres vendían juguetes pedagógicos casa por casa para sumar al ingreso (p. 78), dando cuenta de que el de México “fue mayoritariamente un exilio de clase media de muy pocos recursos” (Bernetti y Giardinelli, 2014, p. 65).

motivos del dolor y el extrañamiento que comienza a padecer.⁷ En el caso de Verónica, recuerda cuando su madre la llevaba a la Biblioteca Central de la Universidad Autónoma de México:

Me gustaba leer las cosas que ella, más tarde, escribía en el pizarrón, aunque por supuesto no entendía nada. Sus clases eran sobre psicoanálisis. (...) Cuando en la escuela me preguntaban de qué era maestra mi Mamá(M) les decía que daba clases sobre fantasmas”, aunque no cualquier fantasma, sino sobre esos que “vienen del pasado”. (Gerber Bicecci, 2021, p. 121-124)

Al respecto, es posible interpretar los fantasmas que perturban a estas madres exiliadas como metáforas de “la memoria traumática” y de “los sueños defraudados y perdidos” con los que cargan los sobrevivientes, mientras que a su vez las protagonistas traerían “el recuerdo de los traumas y las cicatrices que se ocultan bajo el confort presente, y las comodidades del progreso y el consumo” (Lojo, 2010).

Conforme avanza el extrañamiento, las hijas evidencian la pérdida de esos mismos capitales que seguramente fueron de gran utilidad para sus madres al arribar a México, y que ahora se descomponen con el desmejoramiento de la salud psíquica, efecto demorado del exilio. Sucede que cuando los emigrados

⁷ El sentimiento de culpa resulta usual en los exiliados, especialmente en los militantes entre los cuales existió “toda una construcción de sentidos condenatorios sobre el acto de exiliarse” (Franco, 2008, p. 53), como la culpa por intentar “pasarlo un poco mejor” (Ulanovsky, 2018, p. 147). También Bernetti y Giardinelli (2014) identifican esta emoción, pero advierten cierta disolución en el momento en que se comprueba la derrota del proyecto revolucionario y surge “la certeza de haber elegido una actitud preservadora de la vida” (p. 58). En otros casos, esa certeza no evitaba “la culpa de no estar allí” (Ulanovsky, 2018, p. 70).

arribaban al exilio, podían integrarse a grupos de militancia o relacionarse con compañeros de estudio, de trabajo o de ocio, de manera de socializar por fuera del núcleo íntimo con el cual habían llegado o, por el contrario, negarse a conocer nuevas personas –porque se tenía la esperanza de regresar pronto, o por temor, entre tantas otras razones– y remitirse al mundo de lo familiar.⁸ Lo que se observa en las madres de *Conjunto vacío* y *Los eufemismos* es que, al menos en el presente en el que manifiestan sus padecimientos de forma aguda, no hay lazos de sociabilidad con otras personas a excepción del contacto esporádico con sus hijas: son mujeres que se encuentran solas, aisladas de cualquier iniciativa colectiva. Intuimos que experimentan “una soledad muy particular”, no la que es propia a “toda existencia humana” sino la del exilio, que resulta “más honda, más densa y, a veces, devastadora”, a la manera de un “desamparo” (González de Oleaga, 2019a, p. 9). Además, ambas madres se han divorciado de los padres de las narradoras; personajes secundarios desinteresados por sus ex esposas,⁹ tampoco cultivan una relación significativa con sus

⁸ Por ejemplo, en el caso francés, mientras los “hogares colectivos” (“foyers”) resultaron “un verdadero ámbito de contención” otros emigrados “se negaron al sistema de vida colectiva” (Franco, 2008, p. 62).

⁹ Hecho que matiza la impresión de fortalecimiento de las parejas exiliadas (Bernetti y Giardinelli, 2014, p. 175-178). La madre de Clara conoció a su padre en México, luego de separarse del primer marido, militante de una organización con la que ella colaboraba y por la que debió pasar a la clandestinidad, mientras que los padres de Verónica se exiliaron juntos desde Argentina.

hijas,¹⁰ quienes se convierten en madres de sus madres.¹¹ Existen en este sentido reproches no tan velados a sus padres:

Papá tardó muchos años en darse cuenta de que Mamá(M) no estaba. A veces no estoy completamente segura de si se enteró, ellos no se dirigían la palabra desde el divorcio (o tal vez él es mucho mejor que nosotros actuando como si no pasara nada). (Gerber Bicecci, 2021, p. 19)

¿Sabés lo que me hubiera gustado estar más tiempo con vos? (...) Pero no podía porque tenía que trabajar, yo no quería despegarme de vos (...) Esa parte del monólogo Clara la detesta (...) Sabe que lo que sigue es el detalle de las muchas ocasiones en las que su papá pasó por encima de su madre para apoyar, por ejemplo, una decisión médica en contra de lo que ella opinaba. (Negri, 2022, p. 120-121)

Al decir de Jelin (2020), existen ciertas experiencias del pasado “que no pueden ser integradas narrativamente, a las que no se les puede dar sentido”; el problema es que ese inconveniente “coexiste con su presencia persistente y su manifestación en

¹⁰ En su adolescencia, Clara quiere dejar de vivir con su madre para irse con su padre, pero éste le responde con la oferta de vivir sola. Así, siente que su padre no puede ver cómo es realmente: “le entristecía que, una vez más, la mirada de su padre le borraba del cuerpo relieves y oquedades para dejarla convertida en una superficie chata contra la cual proyectar sus propias figuraciones, que no la viera a ella, sino a un ideal de mujer de treinta años que él se había construido por medio de quién sabe qué presunciones” (Negri, 2022, p. 59), aunque sí le ha transmitido conocimientos concretos como “el plano de Buenos Aires, las rutas de los colectivos y la lista de los principales billares, cafés y pizzerías” (p. 60).

¹¹ Elemento más notorio en *Los eufemismos* que en *Conjunto vacío*, por ejemplo, cada vez que Clara reprende a su madre: “Es a ti a la que le hace falta saber en qué tiempo vives (...) eres incapaz de poner orden en tu vida por tú sola” (Negri, 2022, p. 25-34), lo que a su vez deja en evidencia que su madre efectivamente vive en otro tiempo.

síntomas, lo que indica la presencia de lo traumático” (p. 346). No obstante, es necesario pensar estas soledades maternas más allá de la concepción individual del trauma, leerlas en un sentido social y principalmente “transgeneracional” (Centro de Salud Mental y Derechos Humanos, 2009), en tanto consecuencias del accionar del terrorismo estatal que persisten en la percepción que de ese período tienen las hijas, su generación y, en menor medida, el resto de la comunidad, lo que evidencia la “dimensión política” del exilio (Jensen, 2011, p. 5). Al respecto, Verónica dirá: “Nunca he estado más sola que cuando desapareció mamá” (Gerber Bicecci, 2021, p. 142). Si convenimos en la “inmensa distancia” existente “entre quienes venían de una experiencia política intensa en la Argentina y quienes no” (Franco, 2008, p. 68), ya que para los primeros tanto la decisión de emigrar como la integración en el exilio podía ser interpretado como traición, es posible inferir que estas madres padecen algunos de los sentimientos que integran la constelación de estigmas sociales relacionados. Por ejemplo, una vez concluida la dictadura, ¿deseaban estas mujeres regresar a Argentina?¹² Quizás intentaron retornar y no lograron readaptarse: una pista de esta posibilidad aparece cuando la madre de la protagonista de *Los eufemismos* regresa del exilio en 1989 y descubre que su propia madre les ha dicho a sus hermanas que ella “era narcotraficante”; de vuelta en México, “Clara había percibido una congaja en el rostro de su madre que la acompañó día y noche, hasta formar parte de su semblante habitual” (Negri, 2022, p. 103-104).¹³ ¿De qué

¹² “El deseo de regresar al país lo antes posible y la percepción de que el exilio será breve son habituales en la mayoría de los emigrados políticos de cualquier origen” (Franco, 2008, p. 60).

¹³ “La vuelta al país de origen no deja de ser una reemigración, con sus costos afectivos y sus dificultades concretas, y por eso muchos lo califican como un

maneras estas madres se vieron afectadas al tener que sostener una vida social una vez divorciadas, con la consciencia de que el exilio no era ya una situación pasajera, o, por el contrario, tras descubrir que efectivamente se habían adaptado, venciendo sus resistencias si es que las tenían?¹⁴ ¿Y cómo elaboraron la derrota a lo largo de los 80, en el marco de una gradual despoltización, cuando además se convirtieron en madres lejos de su suelo?¹⁵ Al respecto, mientras la madre de *Los eufemismos* sostiene un discurso todavía encendido, como si hubiera permanecido anclada en el tiempo, para Verónica, en *Conjunto vacío*, parece imposible saber hasta qué punto su madre participó de la lucha setentista, ya que parece no haber dejado rastros de esa militancia y desconoce cómo preguntárselo a su padre (Gerber Bicecci, 2021, p. 151). Ese silencio representa “la imposibilidad de elaborar un pasado percibido, en el exilio e incluso antes, como la derrota de un proyecto político en el que se perdió la vida de mucha gente” (Franco, 2008, p. 302). Más que falta de palabras, se trata de

‘segundo exilio’. Sin embargo, muchos emigrados agregan a esas dificultades ‘las ausencias’: algunos se encontraron con que ya no estaban los amigos ni los compañeros y no quedaba nada del proyecto político ni de su vida previa (...) Pero hay otro elemento central en las dificultades del retorno: la estigmatización y el rechazo por haberse ido que muchos experimentaron al volver, por razones laborales y por las imágenes negativas sobre el exilio” (Franco, 2008, p. 275).

¹⁴ Si la decisión de irse no fue tal porque emigrar podía ser la única forma de salvarse, la de regresar pudo haber generado angustia en tanto dependía enteramente de ellas: “La decisión no era sencilla y las diferencias atravesaron amistades, familias y parejas. Volver o quedarse era una decisión, como lo había sido irse en el caso de muchos, pero ahora podía ser tomada con la libertad que no había existido antes” (Franco, 2008, p. 270).

¹⁵ Etapa en la que se produce el “desplazamiento” del lenguaje militante al del discurso humanístico (Franco, 2008, p. 114).

“una presencia muy fuerte de algo no dicho” (González de Oleaga, 2019a, p. 17).

De este modo el silencio por la derrota se acusa en el lenguaje y en los propios cuerpos maternos: cuando su madre sale de la ducha, la imagen de su envejecimiento (“Está decrepita, piensa”) le recuerda a Clara “el horror del que su madre solía hablarle (...) luego de ver alguna película crudísima sobre el genocidio armenio o judío” (Negri, 2022, p. 20). La hija prefiere no verla en esa situación, y sin embargo recuerda cómo en el terremoto que sufrió México en 1985, madre e hija fueron un “cuerpo indiferenciado” (p. 21).¹⁶ Ahora bien, ¿qué es eso que les ha sucedido a estas madres y que no se puede definir más que mediante eufemismos o en el espacio aproximativo que conforma un diagrama de Venn?

Un antes y un después: recuerdo, relámpago, instante, peligro

“Pero también me provoca un poco de nostalgia aquella edad lejana en que el máximo miedo era provocado por manchas fantasmales que uno mismo creaba. Los motivos adultos, o quizá las excusas adultas de los miedos que vienen después, no son fantasmales, sino insoportablemente reales”

Mario Benedetti. *Primavera con una esquina rota*

Como adelantamos al comienzo, en ambas novelas existe un momento en que las madres dejan de actuar normalmente y comienzan a romper los lazos con el mundo exterior. En el caso de *Conjunto vacío*, un día Verónica y su hermano dejan de ver

¹⁶ Elemento que habla de la “mutabilidad de los destierros” (Jensen, 2011, p. 2).

a su madre (Gerber Bicecci, 2021, p. 11). En *Los eufemismos*, cuando muere la perra, Clara asegura que con ella “se iba a fugar el último soplo de fuerza que había mantenido a su madre mirando hacia afuera” (Negri, 2022, p. 32). Según Franco (2008),

para los emigrados irse significó tener que (re)construirse desde la pérdida de una imagen y una proyección de sí mismos hechas en un tiempo y espacio que en el nuevo contexto ya no existían ni podían recuperarse. En ese sentido, la emigración forzada pudo constituir un traumatismo que, muchas veces, se sumaba a otros previos, y eso exigió un auténtico *trabajo de duelo*. (p. 71)

Es sabido que el exilio genera efectos en las subjetividades de los exiliados y en las del grupo familiar al punto de provocar enfermedades mentales que lo actualizan.¹⁷ En este sentido, “la depresión es el cuadro que más claramente se asocia a la situación del exilio” (Roussos, 2011, p. 224; Bernetti y Giardinelli, 2014, p. 58). En *Conjunto vacío*, dos días antes de que Verónica cumpla quince años, en el invierno mexicano de 1995, su madre les dice a ella y a su hermano que no asistan al colegio, “que era mejor quedarse en casa”:

Mamá(M) empieza a hablar de los árboles del parque. Dice que en las cortezas se ven rostros. Que todos esos rostros miran hacia la casa. Que todos esos rostros nos miran. Nos ordena dejar de regar las plantas. Si algo llegara a pasarme,

¹⁷ Desde un enfoque psicosocial en el que no nos adentraremos, se advierte que los síntomas de depresión y ansiedad ocasionados por el exilio pueden estar seguidos del “padecimiento de una enfermedad mental con sus consecuencias de aislamiento, que en un punto no hacen más que reeditar la pérdida de su lugar de origen” (Roussos, 2011, p. 219).

dice. (...) después ya no logramos entender qué dice.
(Gerber Bicecci, 2021, p. 15-16)

Luego de esta escena en que se advierte un estado de delirio, la madre comienza a difuminarse y sus hijos dejan de verla, como si estuviera desaparecida (p. 16-17):

Las puertas de la casa se llenaron de cerrojos. Las ventanas se cubrieron de loneta negra. Así estábamos a salvo de quién sabe qué. ¿Has visto a Mamá(M)? No. ¿Tú? (...) Desde afuera el búnker es sólido, infranqueable. Adentro se vuelve cada vez más inestable e impredecible. Ayer me pareció verla, le digo a mi Hermano(H)... Pero no. No sabemos dónde está.
(p. 23)

Un segundo momento de quiebre es cuando a la madre se le cae una taza de café con la leyenda "STILL PERFECT AFTER 40" que estalla en pedazos, al igual que metafóricamente lo hace la presencia materna en la casa (p. 24). En el caso de la madre de Clara, también identificamos un momento bisagra, pero como resultado de una sumatoria de situaciones extrañas. Un día, todavía estando en pareja, Clara recibe un llamado de la universidad donde trabaja su madre, lo que da inicio a la utilización de los eufemismos: "Su mamá llegó hace un par de horas y... *está muy nerviosa*" (Negri, 2022, p. 18). Cuando arriba al lugar, descubre que esto significa que su madre está escondida debajo de un escritorio en un salón:

Llamé a una patrulla, hija, llamé a una patrulla rápido, pedí refuerzos. (...) La mirada de su madre parecía atravesarla hasta el hueso occipital e incluso llegar mucho más allá de ella, aunque tal vez la distancia que Clara percibió en esos ojos se debía a la profundidad con que su madre se había adentrado en sí misma. (p. 77)

A partir de ese momento, “la fisura que de a poco se había ido abriendo frente a ella alcanzaría a trazar la brecha que ahora dividía su cronología en un antes y un después” (p. 18-19), y allí su hija comienza a advertir que su madre está abandonada, con olvidos, sin dientes, con menos visión. A diferencia de la madre de Verónica de la cual no sabemos demasiado, la de Clara ya tenía un “habitual paso introspectivo” (p. 23), lloraba diariamente y no dormía bien porque creía que la vigilaban con cámaras en su propia casa, que le robaban sus pertenencias, que le intervenían el teléfono e incluso el consultorio (p. 98), indicios de que “cada vez avanzaría más hacia adentro” (p. 24), sumida “en largos estados de letargo durante los cuales fijaba la mirada en algún punto sobre el suelo” (p. 28).

Al respecto, resulta significativo que la madre de Clara sienta inseguridad en su propia casa y que ella se sintiera incómoda en el departamento que compartía con su ex: “El lugar mutaba, se ampliaba y se reducía de formas extrañas”, como un “laberinto” (Negri, 2022, p. 67-68).

Según González de Oleaga, la casa es el “significante precioso para un desterrado” (2019b, p. 36), sinónimo de “refugio frente a las amenazas que vienen de afuera” (2019c, p. 72).¹⁸ Sin embargo, también puede suceder que

cuando el individuo se exilia (o lo exilian), junto a él marchan los fantasmas a los cuales la civilización no ofrece lugar, ni habitación, ni espacio. El espacio del exiliado es un espacio marginal, pero vitalmente inquieto; un espacio fantasmal” (Beresňak, 2011, p. 186).

¹⁸ Amenaza por la cual le ha regalado su reloj a su hija: “No puedo tener mis cosas, no me dejan tranquila” (Negri, 2022, p. 25).

Así, la madre de Verónica está y no está en el “búnker” en donde “las cosas se cambian de lugar” (Gerber Bicecci, 2021, p. 138); hay ruidos, la gata ronronea a alguien, pero sus hijos no pueden verla; a la manera de un oxímoron, su madre *está ausente*. En el caso de Clara, allí donde su madre se siente amenazada, ella ve descuido y desmemoria:

¿Qué habrá sido de ese broche [de pelo]? No pregunta; ya no pregunta nunca nada acerca de las pérdidas de su madre porque la respuesta siempre es la misma: ‘Esa vieja de mierda, hija, no sabés todo lo que me robó’. Quién sabe cuántas cosas no habrá regalado en un momento imprevisto de desprendimiento del que ya no se acuerda, y cuántas otras no se le habrán ido por el escusado, como pasó con su dentadura postiza. (Negri, 2022, p. 96)

Esta “batalla silenciosa” que dan ambas madres, para Clara “no tiene ni pies ni cabeza” (p. 99). Recordemos, sin embargo, que el discurso militar calificaba a los exiliados como “‘subversivos en el exterior’ y ‘terroristas’ (...) un *otro amenazante* que legitimaba el poder de quien se arrogaba el derecho y la obligación de defender la ‘Patria amenazada’” (Franco, 2008, p. 118-119). Es en este sentido que resulta explicable la paranoia en el país de refugio, hecho que incluso encuentra asidero en “la (posible) existencia de colaboración civil con los militares, aun en el exterior” (p. 216). “Esa sensación, que los antiguos emigrados no dudan en calificar de ‘sentimiento paranoico’, se instaló entre los círculos de militantes exiliados (...) se nutrió de las enormes secuelas del miedo que la represión había dejado” (p. 226). En el caso de *Los eufemismos*, las ideas persecutorias se relacionan con la violencia: “Que me roben cuando no estoy es una cosa... –fuma– pero mirá si vuelven a mandar comandos a mi casa” (Negri, 2022, p. 110). Casualmente, la palabra “comandos” actualiza el pasado en

tanto comienza a tener efecto sobre su madre “poco antes de que empezaran los eufemismos”, cuando el presidente mexicano Felipe Calderón (2006-2012) “iniciara la guerra contra el narcotráfico” (p. 110):¹⁹

Un comando, Claru, desplegaron todo un comando para agarrarme. Me habían venido a buscar y no me vieron, porque yo me quedé acá sentada pensando en mis cosas y se me olvidó prender la luz. Y cuando me estaba quedando dormida, llegaron un montón, hija, llegaron y caminaban por los techos, se brincaban de una casa a otra. (p. 113)

Ante el desconcierto de la hija, la madre la hace parte al preguntarle “¿no te acordás de dónde venimos? (...) Yo tengo una historia que pesa. Tanto pesa que treinta años y pico después no me pueden dejar en paz. (...) ¡Vos no viviste lo que yo viví!” (p. 114). Interpelada, Clara recuerda cuando en 1998 transcribía a computadora las declaraciones de sus padres para iniciar el juicio reparatorio, al decir de su madre, la forma en que el Estado se responsabilizara “de cómo me rompieron” (p. 115), un proceso judicial para el que “no estaba lista (...) no me sentía entera todavía” (p. 116-117). Esa *rotura* permanece todavía y se manifiesta veinte años después al vivir “con terror” (p. 117), al experimentar la sensación de haber perdido existencia pese a haber sobrevivido: “Yo dejé de existir, aunque no me agarraron, por un tiempo dejé de existir”, confiesa la madre de Clara, primero a causa de la clandestinidad forzada por los represores, ahora para sí misma

¹⁹ Lo mismo podemos inferir de la coincidencia entre el momento en que la madre de Verónica “desaparece”, a mediados de los 90 (Gerber Bicecci, 2021), y la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional seguida de una serie de hechos políticos que pueden resultar significativos a los ojos de una militante setentista argentina.

(p. 119). La madre vuelve consciente el hecho de que el exilio alcanza también a su hija y por eso dice “lo que nos hicieron”, y agrega: “vos *tampoco* tendrías que estar acá” (p. 120, el subrayado es nuestro).

Resulta interesante que, a diferencia de Verónica quien no puede preguntar nada a su madre porque está “desaparecida”, Clara siente la “necesidad de verla desaparecer” de su departamento (p. 36).²⁰ En ese sentido, Clara acusa una sobreinformación del pasado materno:

Mamá... No repases, una y otra vez, lo peor de tu vida. Ya lo escribiste en tu testimonio, me has contado un montón de veces experiencias como éstas o por el estilo, hablas tanto del tema que terminas por vivirlo de nuevo (p. 119).²¹

No obstante, ambas madres han arribado a un estado de alienación y el causante es el exilio, forma de retraso de “las consecuencias de la dictadura” (Gerber Bicecci, 2021, p. 119), un “proceso de ruptura brutal” (Franco, 2008, p. 163) que actúa a destiempo y establece un punto de inflexión. ¿Qué había en la vida de las madres de Verónica y de Clara antes de tener que escapar de Argentina? ¿Y qué antes de convertirse en madres? ¿Cómo es recibir la noticia de la muerte de un padre viviendo en el exilio? La madre de Verónica dejó a sus padres en su Córdoba natal y allí quedaron detenidos en el

²⁰ Al parecer, la presencia de su madre la irrita, como cuando se justifica al llegar temprano a lo de su ex: “tanto pasarlo con mi mamá ya me alteró hasta la noción del tiempo” (Negri, 2022: 69); al contrario de cuando eran niñas, ni Verónica ni Clara encuentran “una forma de estar” con sus madres (p. 27).

²¹ En el mismo sentido, cuando la madre le reclama que no la escucha, Clara responde: “El problema, precisamente, mi gran problema es que te escucho demasiado bien. Me llenas la cabeza y si no te detengo, me arrollas, me pasas por encima” (Negri, 2022, p. 123).

tiempo: las obras empezadas para construir el piso de arriba de su casa nunca continuaron; su propia madre –abuela de Verónica– ha abandonado el cuidado de su cuerpo y confunde a su nieta con su hija.²² Clara recuerda a su abuela materna como una mujer alcohólica, fumadora y obesa (Negri, 2022, p. 102). Al respecto, según Lojo (2010) es común un sentimiento de “insuperable sensación de insuficiencia y despojo que acosa a los padres y los mantiene dolorosamente conectados con un centro remoto del que se hallan excluidos”, su patria. En esta línea, si el exilio permite dos interpretaciones, una literal y otra metafórica (de Diego, 2000, p. 433), en este caso podemos decir que además de *estar* en el exilio, estas madres *se sienten exiliadas*. Así, si “todo exilio encierra una paradoja” (Jensen, 2011, p. 3), la contracara de la salvación es la oscuridad, uno de los “impiadosos brazos del exilio” (Ulanovsky, 2018, p. 159) que ensombrece las subjetividades maternas y también las filiales:

esa eterna oscuridad de la que intentábamos huir seguía persiguiéndonos con sus siniestros sonidos: puertas cerradas de golpe, coches cuyos frenos eran capaces de conducirnos al corazón mismo del Averno, botas y pisadas que se acercaban a buscarnos, pasillos insondables que nunca nos dejaron de asediar. Las huellas del horror estaban presentes en nosotras, en nuestros cuerpos y sueños, y no nos han abandonado hasta el día de hoy. (Meloni González, 2019a, p. 109).

²² Al decir de Ulanovsky (2018), para quien se exilia y su familia “los años tienen un valor cronológico distinto” (p. 173).

De este modo, las madres de *Conjunto vacío* y *Los eufemismos* están exiliadas de sí mismas.²³ Acaso el padecimiento –y su síntoma de retraimiento, dentro de la casa o bajo un escritorio– sea la respuesta posible a la pregunta “¿qué hago yo aquí?”, ante la toma de consciencia de que “hacer una vida es mucho más que ir quedándose y dejar que el tiempo pase” (Ulanovsky, 2018, p. 68-69). Se trata de la “dimensión emocional” del exilio (Franco, 2008, p. 66),²⁴ sensación que puede estar relacionada con el descubrimiento de que la vida pasa y de que al exiliado lo cotidiano “se le escapó de las manos para siempre” (Ulanovsky, 2018, p. 77). Lo que queremos decir es que quizás la nostalgia, “rasgo determinante del exilio” (Benedetti, 1985, p. 41), no sea ya por la época revolucionaria sino debido a *un exilio propio*, por el camino que esas mujeres emprendían de regreso a sus casas, esas que “solía[n] ser su[s] casa[s] antes de que la[s] desalojaran” (Negri, 2022, p. 96), ahora que están cerca de “morir de exilio” (Benedetti, 1982, p. 94).

Lengua exiliada

Al igual que en los exilios argentinos del siglo XIX, la “salida de la patria se marca con una salida de la lengua” (Mizraje, 2011, p. 156). Mientras la madre de Clara habla con “atropellada verborrea” (Negri, 2022, p. 31), la de Verónica “hablaba en voz alta esa lengua extraña e iracunda que nunca fui capaz de descifrar” (Gerber Bicecci, 2021, p. 11). Ese inconveniente

²³ Podemos decir que la vida de cada una de ellas “transcurre en la encrucijada entre un ‘aquí’ y un ‘allá’, una dualidad que no remite sólo a dos geografías, sino a dos tiempos políticos, existenciales y simbólicos” (Jensen, 2011, p. 1), haciéndolas “vivir escindid[a]s” (Ulanovsky, 2018, p. 117).

²⁴ Desde la perspectiva de género, podemos asegurar que este “costo emocional” se incrementaba en las mujeres (Jelin, 2020, p. 352).

para la elaboración y transmisión de las implicancias de vivir una vida atravesada por el exilio deviene en el mencionado carácter fantasmal de estas madres. Es conocido el fragmento en que el dictador Jorge Rafael Videla se refiere a los desaparecidos como carentes de “entidad”; en este sentido, la dictadura argentina ha sido un reservorio de eufemismos,²⁵ siendo paradigmático el de la desaparición (Bernetti y Giardinelli, 2014, p. 67).²⁶ Mientras para la dictadura la enseñanza de la teoría de los conjuntos representaba un eufemismo del pensamiento revolucionario (Gerber Bicecci, 2021, p. 87), los diagramas de Venn ayudan a Verónica para intentar comprender qué puede haber sucedido con su madre, en qué universo está, qué lugar ocupa ella a partir de esa “desaparición” en relación a sus propios vínculos. Tanto los diagramas como los eufemismos resultan *estrategias de distanciamiento* (Alberione, 2018, p. 11) que les permiten a estas hijas sembrar palabras alrededor de lo difícilmente nombrable, distanciarse de las explicaciones preestablecidas y buscar las claves en lo cifrado, en lo entre-dicho, mecanismos

²⁵ Al respecto, es elocuente el poema de Ángela Urondo Raboy (2012, p. 210) donde registra parte de esos eufemismos: “Chupar no es chupar / Cita no es cita. / Dar no es dar. / Caer no es caer. / Soplar no es soplar. / Pinza no es pinza. / Fierro no es fierro. / Máquina no es máquina. / Capucha no es capucha. / Submarino no es submarino. / Personal no es personal. / Parrilla no es parrilla. / Apretar no es apretar. / Quebrar no es quebrar / Cantar no es cantar. / Volar no es volar. / Dormir no es dormir. / Limpiar no es limpiar. / Guerra no es guerra. / Cuerpo no es cuerpo. / Desaparecer no es desaparecer. / Morir no es morir. / Ser no es ser. / Yo, nada”.

²⁶ Cuando Clara le comenta a su padre la situación de su madre, emplea otro eufemismo: “Ella sigue sin aceptar *su situación*”; de igual modo responde su padre: “Te pregunto porque con *la pálida* de tu mamá [...]” (Negri, 2022, p. 61, el subrayado es nuestro). Al parecer, el uso de eufemismos resultaba una práctica habitual en las cartas enviadas por exiliados a sus familias y amigos (Bernetti y Giardinelli, 2014, p. 146).

de los descendientes de quienes padecieron el terrorismo estatal, pero también de la puesta en forma literaria. Así, las protagonistas de estas novelas manifiestan la sospecha de que no existe otra manera de rodear a un fantasma, porque ciertas cosas “no se pueden contar con palabras” (Gerber Bicecci, 2021, p. 124).

Si bien el idioma hispanoparlante pudo haber sido uno de los motivos para elegir México como país de refugio,²⁷ tanto para Verónica como para Clara el lenguaje hibridado *argenmex* es problemático. Cuando era niña, Clara iba al jardín con otros exiliados hijos y podía preguntarse si acaso Montoneros y Zapatistas eran lo mismo: no era necesario preocuparse por la forma de hablar (Negri, 2022, p. 80-81). Pero al crecer, alterna reiteradamente entre expresiones en mexicano y en argentino, y cuando lee en voz alta

siente una inmensa vergüenza de hacerlo mal, por no saber qué acento usar. O, más bien, de saber que el acento que está por escapar todo el tiempo, es el de una argentina cuya pertenencia no pende más que del recuerdo de otros. El mexicano... ése le sirve para vivir, no para leer. (p. 28)

Del mismo modo, cuando viaja a Argentina los primos se ríen de su modismo mexicano (p. 51). En comparación, aunque Verónica quiere “ser artista visual pero casi todo lo pensaba en palabras” (Gerber Bicecci, 2021, p. 34), su temor es que no la comprendan cuando habla (p. 122), del mismo modo que Clara “trata de comunicarse sin lograrlo” y “requiere mucho tiempo para encontrar las palabras adecuadas” (Negri, 2022, p. 83). A

²⁷ Al decir de Franco (2008, p. 56) “la lengua y la cercanía cultural e ideológica con América Latina aparecen como los primeros factores que definieron el lugar preferible ante la necesidad de emigrar”.

las dos protagonistas las palabras les generan suspicacia: mientras Clara les tiene “una profunda desconfianza” (p. 82), Verónica se convierte junto a su hermano en una *susplicacista profesional* (Gerber Bicecci, 2021, p. 26). ¿Por qué les sucede esto?

Consideramos que sus sospechas frente a la realidad, al pasado y a la capacidad de comunicación que tiene el lenguaje responden al sufrimiento experimentado tras el exilio. Según Kaufman (2006), en el marco del “eslabonamiento generacional, huecos, silenciamientos y desconocimientos sobre el pasado se transmiten como significaciones congeladas, que se convertirán en enigmas o en síntomas para los que no han recibido relatos sino huellas y duelos irresueltos en la generación anterior”, de manera que, por ejemplo, el “lenguaje lúdico” puede funcionar como “el campo de representación de lo silenciado” (p. 54-55). Entonces, tanto Verónica como Clara construyen estrategias que podríamos definir lúdicas –aunque ya no infantiles– para buscar acortar la distancia entre las palabras y las cosas que tejen la constelación exiliar: mientras Clara “apresura las pausas que incomodan a su interlocutor con un neologismo que condensa sus necesidades y le evita discernir entre una palabra y otra” (Negri, 2022, p. 83), Verónica confía en las onomatopeyas porque a diferencia del resto, son palabras “nis frazdis [sin disfraz]” (Gerber Bicecci, 2021, p. 149). En este sentido, no es extraño que ambas protagonistas inventen palabras: “calornoso (por calor y bochorno)” (Negri, 2022, p. 83) y “Garabato, una comuna en la provincia de Santa Fe, Argentina”, junto con el gentilicio “garabatana”, propio de ese pueblo inventado, “mal trazado e ilegible” (Gerber Bicecci, 2021, p. 71).

En sintonía con esta dimensión, el problema en torno a la comunicación se evidencia no sólo al momento de comprender a sus madres o nombrar sus afecciones,²⁸ sino también en las relaciones afectivas de estas hijas.²⁹ Ambas protagonistas están a disgusto con sus parejas, acaban de separarse y dejar la convivencia: Verónica regresa a la casa de su madre luego de que su novio “Tordo(T)” la abandonara por otra mujer, Clara se muda sola luego de dejar una vida demasiado estable con “Mariano”. La preocupación expresada por Verónica representa también la situación que vive Clara y nos permite poner en palabras uno de los efectos más importantes del exilio heredado: “no poder existir en ningún lugar” (Gerber Bicecci, 2021, p. 64).³⁰

En medio de esas separaciones en que sus madres y sus hogares se vuelven extraños porque se detienen en el tiempo o resultan amenazantes, ambas protagonistas comienzan a establecer vínculos afectivos con otros hombres. En el caso de Verónica, se enamora de Alonso, hijo de una pareja argenmex; en el de Clara, sale con Elías, hijo de un argentino exiliado tras haber estado detenido en un centro clandestino. Así, mientras Verónica lucha para estar en el lugar en el que siente que debe estar –junto a Alonso, quien a su vez está en pareja–, Clara se separa de su ex con la “vocación para la soledad que la expulsaba de un lugar del que no quería irse, pero en el que ya no sabía cómo quedarse”, pero su nuevo novio, Elías, le genera

²⁸ ¿Depresión? ¿Stress postraumático? ¿Delirio persecutorio?

²⁹ Así, al momento de enviarle mails a su enamorado “Alonso”, Verónica utiliza palabras escritas al revés, respondidas a su vez con acrósticos (Gerber Bicecci, 2021, p. 133, 14, 149, 150 y 163).

³⁰ En el mismo sentido: convertirse “en el personaje secundario de mi propia vida” (Gerber Bicecci, 2021, p. 100).

fastidio al “descubrir cuán distante” se siente “de todo lo que la rodea en ese momento” (Negri, 2022, p. 50-53). Respecto a esa distancia, es interesante advertir de qué manera estas hijas manifiestan síntomas de malestares físicos vinculados con el sentimiento exiliar: Clara sufre migrañas desde los once años, cuando viajó sola por primera vez a Argentina a visitar a su abuela paterna (en Córdoba, al igual que la abuela materna de Verónica) y a la familia materna (en Bahía Blanca). Recuerda que la casa “grande y vieja” de su familia lucía desordenada, “con montones de cosas apiladas por todas partes”, y que su “familia se había multiplicado de golpe y su casa, ¿dónde carajos era su casa?” (p. 51-52). Por su parte, la casa de la abuela de Verónica se ha quedado detenida en el instante en que su madre debió exiliarse y, cuando Verónica viaja de visita, sufre dolor de garganta, en el avión pasa frío y ante la cobardía de Alonso le dan “ganas de vomitar” (Gerber Bicecci, 2021, p. 126-170).

A las migrañas y al dolor de garganta se suma en el caso de Clara la mala memoria –aunque es editora, a veces “olvida el argumento completo y es incapaz de recordar, las más de las veces, datos biográficos de los autores. Mezcla títulos, épocas y personajes” (Negri, 2022, p. 84)– y también la hipocondría: antes de separarse está segura de tener HIV; al desmentirlo, “comenzó a buscar más allá del cuerpo las razones de su angustia” (p. 87). De este modo señalamos la relación entre estos síntomas y las escenas de viajes o mudanzas: cuando se va a vivir sola, Clara “empezó a sufrir episodios de migraña cada vez más frecuentes. Sentía mareos, náuseas y una profunda tristeza” (p. 90). Así, la presencia del exilio es subterránea. “Fue duro *lo que vivieron* nuestros viejos” (p. 57, el subrayado es nuestro) dice Elías a Clara a raíz del recuerdo de una escena en que su padre lo maltrató injustificadamente

y del juicio de reparación que llevan adelante Clara y su madre. “En mi casa no se habla de los años de la dictadura. Es más, creo que desde el juicio, justo. Pero antes tampoco aparecía mucho el tema” (p. 58), insiste Elías. Clara responde que su madre “no para”, pero que

En algún momento se dejó de hablar del tema en la casa y yo asumí que lo habíamos perdido [el juicio por la reparación]. Luego mi mamá empezó con *sus cosas* (...) si te digo que yo borré por completo el tema del mapa” (p. 58, el subrayado es nuestro).³¹

En el caso de Gerber Bicecci (2021), las palabras que se acercan a nombrar eso que le pasó a su madre son sinónimos de desaparición, como “*escabullirse, desdibujarse*” (p. 178). Sin embargo, y como sabemos desde hace exactamente dos décadas, el problema es qué les sucede a los hijos con eso:³² por este motivo, ante la condescendencia de Elías, Clara responde con enojo: “¡Ay, ya sé, Elías, me queda clarísimo! ¿Y a ti no te parece duro cargar con el peso de algo que ni siquiera viviste?” (Negri, 2022, p. 58).

Reflexiones finales

En este artículo analizamos las características que asume el vínculo madre-hija atravesado por el exilio heredado en las novelas *argenmex Conjunto vacío* y *Los eufemismos*. Partimos de saber que el exilio significó un “proceso de ruptura brutal” alimentado por la “soledad, la pérdida de referentes, la desestructuración de la vida previa, la culpa por la supervivencia y por haberse ido” (Franco, 2008, p. 163).

³¹ Notemos la imposibilidad de explicar el pasado sin utilizar eufemismos.

³² Desde el film *Los rubios* (Carri, 2003).

Demostramos que ese sentir se extiende en el tiempo, ya que el exilio continúa afectando en el presente a las madres de estos universos literarios y también a sus hijas, en las dificultades para comunicarse y comprenderse entre sí y con el resto de sus vínculos, en los padecimientos psicológicos y físicos.

Hacia el final de *Los eufemismos*, Clara detiene su mirada en una revista sobre hombres y mujeres desaparecidos y muertos del pasado, y piensa que “podría haber sido cualquiera en la calle, lo mismo ese día que hace casi cuarenta años, lo mismo en México que en Argentina”, y se da cuenta de que faltan personas: “Los rotos. Aquí ni siquiera se habla de los rotos” (Negri, 2022, p. 142).³³ A partir de esta escena, podemos decir que estas madres, estas mujeres rotas, “sobrevivientes desgarrad[a]s” (Berneti y Giardinelli, 2014, p. 184), son “desaparecidas tardías”.³⁴

Al repasar los motivos por los cuales se terminó la relación con su ex, Verónica concluye en que “siempre estamos haciendo un dibujo que no alcanzamos a ver por completo. Solamente tenemos un lado, una arista de nuestra propia historia, y el resto permanece oculto” (Gerber Bicecci, 2021, p. 27). Esta

³³ Ante la administrativa de Migraciones, la madre de Clara resuelve de ese modo para quiénes debe ser la reparación estatal: “Para los que mataron, desaparecieron y para los que nos rompieron” (Negri, 2022, p. 136).

³⁴ Metáfora que tomo prestada de la poeta Maite Esquerré (1984) para referirse a quienes atravesaron una situación traumática y, aunque sobrevivieron, “no resistieron el horror”, manifestando tiempo después una enfermedad terminal o una depresión que los condujo al suicidio. A su vez, ella se basa en Marta Platía (2016) quien se refiere a los que “murieron de prematuras, súbitas muertes” debido a “tanta tortura acumulada”, así como los nietos apropiados son “desaparecidos vivos” al desconocer su verdadera identidad (Maite Esquerré, comunicación personal, 25 de octubre de 2022).

sentencia bien puede definir lo que atraviesan estas exiliadas hijas: el acceso a la realidad es subjetivo e incompleto y la proximidad familiar no es garantía de conocimiento de las motivaciones de nuestros antecesores y las circunstancias que dieron forma a sus pasados, ni tampoco de sortear las ambigüedades que nos presenta la vida: para las hijas no es sencillo comprender las decisiones tomadas por sus madres, porque ellas mismas cargan con sus propias dudas, con sus propias incertidumbres. Pero mientras la madre de *Conjunto vacío* cuenta con la escucha de su hija –aunque no pueda comunicarse por estar, digamos, en otra dimensión–, la madre de *Los eufemismos* tiene cosas que decir, pero su hija no puede escuchar y, si lo hace, no es capaz de descifrar el significado detrás del delirio.

En ninguno de los dos casos se logra elaborar un relato coherente que explique cómo fue el exilio que precedió los nacimientos de las protagonistas, qué significa formar una familia lejos de casa, cómo elaborar la muerte de los integrantes más viejos del clan familiar a miles de kilómetros de distancia, qué elementos se ponderan en la decisión de no regresar una vez terminada la dictadura militar y qué es lo que se está queriendo decir cuando se exclama que los árboles y los vecinos son una amenaza. Entonces, aunque no hay respuestas, sí existe un atisbo de comprensión: ambas madres hicieron lo que pudieron, y para lo inexplicable está la literatura. Como los diagramas de Venn, la escritura les ha permitido a estas autoras “ver el mundo ‘desde arriba’” (Gerber Bicecci, 2021, p. 87), observar distanciadamente las historias (y la Historia) que las anteceden, crearse un lugar en el mismo corazón del no-lugar, imaginar qué clase de personas quieren ser: en qué parecerse a sus madres, en qué no.

Bibliografía

ALBERIONE, Eva (2018). Narrativas contemporáneas de los exiliados hijos: esa particular manera de contar-se. En S. Lastra (Comp.), *Exilios: un campo de estudios en expansión* (pp. 197-210). Buenos Aires: CLACSO.

BENEDETTI, Mario (1985). *El desexilio y otras conjeturas*. Buenos Aires: Editorial Nueva Imagen S.R.L.

BENEDETTI, Mario (1982). *Primavera con una esquina rota*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

BERESÑAK, Fernando (2011). El exilio y el encierro como problemática espacial. En F. Ludueña Romandini, M. Burello y E. Taub, (Eds.), *Políticas del exilio: orígenes y vigencia de un concepto* (pp. 185-193). Caseros (Buenos Aires): Universidad Nacional de Tres de Febrero.

BERNETTI, Jorge Luis y Giardinelli, Mempo (2014). *México, el exilio que hemos vivido: memoria del exilio argentino durante la dictadura 1976-1983*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Octubre.

CARRI, Albertina (2003). *Los rubios*, 89 min., Argentina.

CENTRO DE SALUD MENTAL Y DERECHOS HUMANOS (2009). Daño transgeneracional en descendientes de sobrevivientes de tortura. En CINTRAS, EATIP, GTNM/RJ, SERSOC, *Daño transgeneracional. Consecuencias de la represión política en el Cono Sur* (pp. 13-139). Santiago: LOM.

DE DIEGO, José Luis (2000). Relatos atravesados por los exilios. En E. Drucaroff, (Ed.), *Historia crítica de la Literatura Argentina: vol. 11- La narración gana la partida* (pp. 431-458). Buenos Aires: Emecé.

FRANCO, Marina (2008). *El exilio: argentinos en Francia durante la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.

GERBER BICECCI, Verónica (2021). *Conjunto vacío*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Sigilo.

GONZÁLEZ DE OLEAGA, Marisa (2019a). Introducción: Eslabones de una misma cadena. En M. González de Oleaga, C. Meloni González Y C. Saiegh Dorín, *Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria* (pp. 5-20). Temperley (Buenos Aires): Tren en movimiento.

GONZÁLEZ DE OLEAGA, Marisa (2019b). Dobles. En M. González de Oleaga, C. Meloni González Y C. Saiegh Dorín, *Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria* (pp. 35-40). Temperley (Buenos Aires): Tren en movimiento.

GONZÁLEZ DE OLEAGA, Marisa (2019c). La historia de un pasillo. En M. González de Oleaga, C. Meloni González Y C. Saiegh Dorín, *Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria* (pp. 65-76). Temperley (Buenos Aires): Tren en movimiento.

JELIN, Elizabeth (2020). *Las tramas del tiempo: Familia, género, memorias, derechos y movimientos sociales*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.

JENSEN, Silvina (2011). Exilio e Historia Reciente: Avances y perspectivas de un campo en construcción. *Aletheia*, 1(2), 1-21.

KAUFMAN, Susana (2006). Lo legado y lo propio. Lazos familiares y transmisión de memorias. En E. Jelin y S. Kaufman (Eds.), *Subjetividad y figuras de la memoria* (pp. 47-71). Madrid: Siglo XXI.

LOGIE, Ilse (2015). Más allá del “paradigma de la memoria”: la autoficción en la reciente producción posdictatorial argentina. El caso de 76 (Félix Bruzzone). *Pasavento, Revista de Estudios Hispánicos*, III(1), 75-89.

LOJO, María Rosa (24 de enero de 2010). Los hijos del amor y del espanto. *Página/12*, Suplemento Radar. Recuperado el 15/05/2023 de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-5876-2010-01-24.html>

MELONI GONZÁLEZ, Carolina (2019a). Juan y los pasos perdidos. En M. González de Oleaga, C. Meloni González Y C. Saiegh Dorín, *Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria* (pp. 109-116). Temperley (Buenos Aires): Tren en movimiento.

MELONI GONZÁLEZ, Carolina (2019b). Coda. Convocaciones: hacia una repolitización del exilio. En M. González de Oleaga, C. Meloni González Y C. Saiegh Dorín, *Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria* (pp. 181-186). Temperley (Buenos Aires): Tren en movimiento.

MIZRAJE, María Gabriela (2011). Argentina, siglo XIX y exilios: la dislocación de los lenguajes. En F. Ludueña Romandini, M. Burello y E. Taub, (Eds.), *Políticas del exilio: orígenes y vigencia de un concepto* (pp. 147-159). Caseros (Buenos Aires): Universidad Nacional de Tres de Febrero.

NEGRI, Ana (2022). *Los eufemismos*. España: Firmamento.

PLATÍA, Marta (26 de agosto de 2016). Por ellos. *Página/12*. Recuperado el 15/05/2023 de <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-307849-2016-08-26.html?mobile=1>

PLOT, Martín (2011). Exilio y desaparición como categorías políticas. En F. Ludueña Romandini, M. Burello y E. Taub, (Eds.), *Políticas del exilio: orígenes y vigencia de un concepto* (pp. 209-216). Caseros (Buenos Aires): Universidad Nacional de Tres de Febrero.

ROUSSOS, Andrés J. (2011). Exilio y psicopatología, entre el estigma y la desmentida. En F. Ludueña Romandini, M. Burello y E. Taub, (Eds.), *Políticas del exilio: orígenes y vigencia de un concepto* (pp. 217-228). Caseros (Buenos Aires): Universidad Nacional de Tres de Febrero.

ULANOVSKY, Carlos (2018). *Seamos felices mientras estamos aquí. Crónicas de exilio*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Marea.

URONDO RABOY, Ángela (2012). *¿Quién te crees que sos?* Buenos Aires: Capital Intelectual.

YANKELEVICH, Pablo (2010). *Ráfagas de un exilio: argentinos en México, 1974-1983*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México.

Silvana Casali es Doctora en Comunicación por la Universidad Nacional de La Plata, licenciada y profesora en Comunicación Social por la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP), becaria doctoral CONICET con lugar de trabajo en el Instituto de Estudios Comunicacionales en Medios, Cultura y Poder “Aníbal Ford” (FPyCS/UNLP) y auxiliar diplomado de la cátedra Laboratorio Creativo de Escritura I (FPyCS/UNLP). Su campo de investigación resulta del cruce disciplinar entre arte y memoria, a partir del estudio de las formas en que el pasado reciente se actualiza en la “literatura de la generación de hijos/as”.